

te dicho, con su secuela crítica y, más aún, sarcástica, que podría representar antológicamente el «Equipo crónica», y de otra el realismo con reminiscencias surrealistas, como en el caso de Arranz Bravo y Bartolozzi, amén del que, como el de Pepe Hernández, participa tanto de un horizonte onírico como de una crítica bastante despiadada.

En el otro campo, en el de lo que ahora se llama «arte conceptual», es posible encontrarse actitudes como las de Eusebio Sempere, en las que, a pesar de su visualismo abierto, siempre es posible deducir una secuela de la analítica del espacio, actitud en la que evidentemente se encuentra también Salvador Soria hasta la de Salvador Victoria, cuya problemática es siempre pictoricista y, por tanto, visual. ■ **JOSE MARIA MORENO GALVAN.**

rara vez consigue subir a un escenario y romper la cárcel de la copia mecanográfica.

La pregunta concreta es la siguiente: ¿han justificado los Lauro Olmo, Rodríguez Buded, Rodríguez Méndez, Carlos Muñiz, Martín Recuerda, etcétera, etcétera, cuanto escribimos algunos acerca del valor de su teatro? ¿Justifican los Martínez Mediero, Matilla, López Mozo, Alfonso Jiménez, García Pintado, etcétera, etcétera, lo que algunos estamos escribiendo en favor de sus obras? ¿Puede realmente sostenerse que los jóvenes autores catalanes son tan buenos como se ha dicho? ¿No se tratará de una lista de dramaturgos sólo llenos de virtudes éticas, en posesión de un coraje ejemplar para escribir lo que piensan sin concesiones equívocas? Se imagina uno siempre al señor de la butaca gritando: «¿Dónde están esos genios? ¿Cómo es posible que les entusiasmen estas obras de protesta? ¡Que se vean de una vez sus grandes obras! ¿O es que la censura tiene siempre la culpa de todo?».

Se le ocurre a quien oye las voces de ese prepotente señor, que si no geniales —palabra complicada—, sí hay en los cajones de los autores «marginales» algunas obras decididamente interesantes que no pueden estrenarse. En todo caso, las mejores obras del grupo, como puede ser el caso de «Las bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de Rodríguez Méndez; «Las planchadoras», de Martínez Mediero; «Los que tocamos el violón», de Luis Matilla, o «Las arrecogidas de Santa María Egipcíaca», de Martín Recuerda. Y, sobre todo, la perogrullada de que el teatro no es una manifestación que viva y crezca al margen de las circunstancias concretas, de todo orden, que condicionan su existencia y sus características. Ni Lauro Olmo podría existir en los Estados Unidos, ni aquí podríamos tener a Tennessee Williams. Por la misma razón que el mejor actor español no puede hacer a Shakespeare como los maestros ingleses.

¿Mejores? ¿Peores? ¿Y qué sentido puede tener esa valoración de nuestros autores más combativos en función de baremos socioculturales que nos son ajenos?

Estamos aquí, en España, con un teatro que se ahoga.

Y son los trabajos y los esfuerzos de quienes se ahogan los que debemos analizar, sin imaginarnos instalados en realidades culturales cuyo aroma nos llega a través de los libros y de los viajes. Ya sabemos que bla, bla, bla, pero intentar hacer las cosas aquí, hasta donde se sepa, se pueda y la continuidad permita, no es como para llevar los resultados al gran Jurado europeo. Lo que no excluye, claro está, para no caer en el moralismo facilón, que no se intente, desde nuestra circunstancia, abrir la percepción a todos los valores estéticos que se nos propongan. ■ **JOSE MONLEÓN.**

Nuestro compañero José Monleón se encuentra asistiendo a diversos festivales internacionales de Teatro, Berlín y Belgrado entre ellos, de cuyo desarrollo informará a nuestros lectores. Durante su viaje y con el fin de atender a la actualidad escénica madrileña, iremos ofreciendo reseñas de los estrenos que se produzcan en este comienzo de temporada, nada halagüeño —por cierto— para los aficionados.

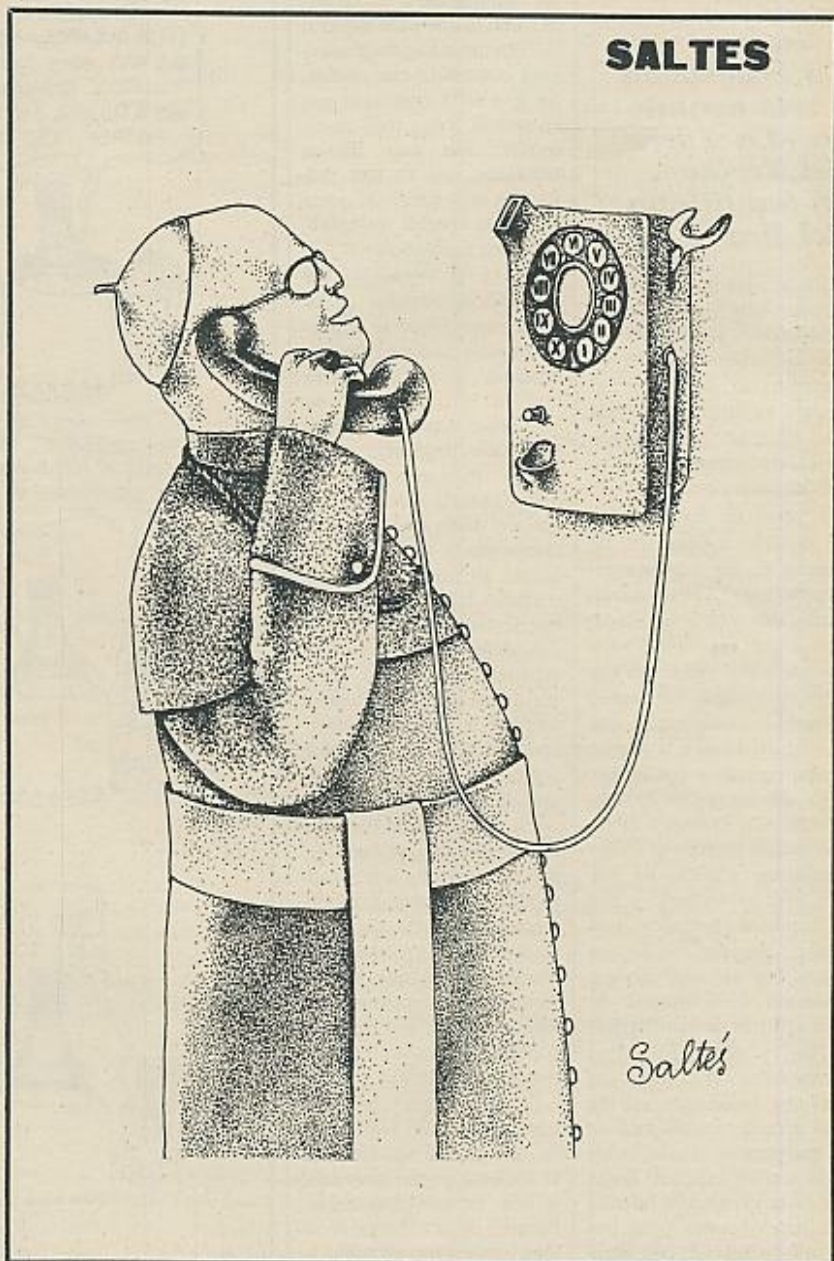
¿De qué libertad se nos está hablando?

Tras el éxito comercial de «Olvida los tambores», Ana Diosdado ha fijado su atención en el sector humano opuesto al que se centraba en su primera obra, es decir, en la vejez. «El okapi» desarrolla su anécdota en un asilo de pago para ancianos, al que va a parar un vagabundo cuyo sentido de la libertad contrasta con la pasiva renuncia a ella, mantenida por los allí residentes.

TEATRO

¿Dónde están los genios?

El crítico teatral de «Destino», Santiago Sans, acaba de publicar un comentario de gran interés polémico sobre el nuevo teatro catalán. La tesis general del trabajo —significativamente ilustrado con una fotografía del espectáculo de Jordi Teixidor, «L'auca del señor Llovet»— vendría a ser una llamada de atención para evitar que suceda con el teatro catalán lo que, según él explica, ya sucedió hace años con el teatro castellano, cuando, por oponerse al conformismo del teatro dominante, una serie de obras artísticamente mediocres fueron enalzadas por encima de sus méritos reales. El tema es interesantísimo y podría proyectarse también sobre esa docena de autores en lengua castellana que andan ahora a vueltas con un teatro tan «subterráneo» que



ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

De hecho, la obra se quiere un canto a esa libertad, una demostración de que el ser humano —al menos, el ser humano que la ha conocido— se asfixia sin ella. Igual que el okapi, especie casi extinguida, de transición entre la jirafa y la cebra, que no soporta la cautividad y muere en ella.

Sorprende que Ana Diosdado haya elegido un asilo como ubicación geográfica de su intento de parábola sobre la libertad. Más lógico parece pensar en una cárcel o en un reformatorio, por ejemplo. A la vista de la comedia, dos son los motivos capaces de justificar esa elección: el deseo de la joven autora de romper una lanza en favor de los ancianos, denunciando el injusto trato que les ofrece la sociedad al dejar de ser «productivos», y los efectos melodramáticos, de seguro resultado cara al público, que las relaciones de estos personajes casi inevitablemente originan. Y si el primer motivo da a la pieza un molesto aspecto de obra de tesis, de «mensaje del autor», lanza-

do aquí y allá por medio de didácticos parlamentos (cuya validez ética no dudamos, la propia autora cita en su apoyo a la Simone de Beauvoir de «La vejez»), la búsqueda de impresionar sentimentalmente al espectador a través de mil y un recursos escénicos entra ya con perfecto derecho dentro de la concepción del teatro mostrada hasta el momento por Ana Diosdado.

De ahí nació precisamente la notabilísima taquilla lograda por «Olvida los tumbos»: de abordar vía sentimiento un conflicto de raíces mucho más duras y objetivas, de plantear como lucha —y conciliación— generacional un enfrentamiento que sólo con un enfoque ideológico-político era susceptible de ser analizado mínimamente. Ana Diosdado conoce a la perfección lo que los críticos tradicionales llaman «carpintería teatral» y, aún más, la estructura mental del público al que el teatro se dirige en España. Dosificación de elementos trágicos y cómicos, empleo de un diálogo flui-

do, psicología simple de los personajes, habilidad para hacerlos entrar y salir de escena, «¡viva Cartagena!» final provocador de aplausos, situaciones familiares para el espectador..., casi todo lo que se entiende por «oficio» lo maneja la Diosdado con una destreza que resulta insólita a tan sólo la segunda obra. Ello basta para el público del Lara madrileño. Pero para quien busque en un autor joven una renovación de las fórmulas expresivas, unos planteamientos distintos a los cotidianos del teatro español, una ruptura con la línea del naturalismo en zapa-tillas usada sin fatiga desde Benavente hasta nuestros días, «El okapi» no puede dejar de resultar un espectáculo triste, aburrido, convencional. Se diría que la vejez de sus protagonistas se ha transferido a la obra y a su traducción escénica, montaje de Enrique Diosdado e interpretación incluidos. Con mención especial para la pésima escenografía de Emilio Burgos, que parece maltrecha tras la amplia

jira por provincias que la pieza ha soportado.

Por ser el eje de la obra y por cuanto significa la transfiguración humana del animalito que le da título, el último párrafo merece dedicarse al vagabundo Marcelo, papel en el que Diosdado se encuentra a gusto y con algún momento excelente. En la fácil tradición literaria de los bohemios con «filosofía de la vida» (recuérdese «El canto de la cigarra», de Alfonso Paso, o el personaje del afilador que Carlos Blanco introdujo en su guión para «Los gallos de la madrugada», de Sáenz de Heredia, y que encarnaba Fernán-Gómez), el liberalismo andariego de Marcelo intentará modificar la enclaustrada mentalidad de los asilados, encaminándoles a la «contestación» del orden establecido en el centro asistencial. Al comienzo del segundo acto y gracias a este personaje, parece que «El okapi» va a transformarse en una metáfora política, concretando su ambigua parábola sobre la libertad en una reflexión so-

bre la actual circunstancia española. Más tarde se insinúa que este Marcelo —antiguo jardinero, a quien la guerra «le mató» un hijo— era antes «alguien», y que se dedicó a cuidar plantas como refugio ante una situación hostil (¿quizá un semi-hombre oculto republicano?). Pero todo queda en agua de borrajas. Lo más que logra Marcelo en su paso por el asilo es que los ancianitos organicen un orfeón, que el médico del establecimiento se lance a escribir un libro sobre la injusticia social que sufren los viejos y que doña Teresa (Amelia de la Torre) se sienta Julieta recitando con él la escena shakespeariana de la alondra y el ruiseñor. Sobre resultado, vive Dios, el que logra «la libertad» a través de su portavoz.

Pero, al margen de lo bonita que es la palabra, ¿de qué libertad concreta se nos está hablando?, ¿en qué términos se desarrolla?, ¿qué factores la potencian y cuáles impiden su existencia? De todo eso, Ana Diosdado no nos dice nada.

triumfo RECOMIENDA

LIBROS

NITIDO NULO, Virgilio Ferreira. Barral.

NACI GRIEGA, Melina Mercuri. Dopesa.

DUBLINESES, James Joyce. Lumen.

MANILUVIOS, José Miguel Ullán. El Bardo.

CONFRONTACIONES, Francisco Ayala. Seix Barral.

COMENTARIOS IMPERTINENTES SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL, Rodríguez Méndez. Península.

ESTUDIO ESTRUCTURAL DE LA LITERATURA CLÁSICA ESPAÑOLA, Vittorio Bodini. Martínez Roca.

LAS HURDES, CLAMOR DE PIEDRAS, J. A. Pérez Mateos. Escalicer.

EL ANTICOLONIALISMO

EUROPEO, M. Merle y Roberto Mesa. Alianza.

ESTRUCTURA E HISTORIA, Francisco Remotti. A. Redondo.

EL CATALANISMO HEREMÓNICO, Isidro Molas. A. Redondo.

CINE

Madrid

MUERTE EN VENECIA, de Luchino Visconti (Pompeya-Palace-Peñalver).

La imposible lucha del artista por atrapar la belleza, del hombre por dominar su existencia y hallar un sentido dentro de ella, en una de las más profundas reflexiones sobre el ser humano que el cine nos haya dado a lo largo de toda su historia. Se agotan los adjetivos en-

comiásticos ante la obra de un maestro en posesión absoluta de sus medios expresivos. El trabajo de Dirk Bogarde supera lo que se suele entender por interpretación. (Véase doble página en este mismo número.)

RUFUFU, Monicelli (Alexandra) TO BE OR NOT TO BE, Lubitsch (Bellas Artes). LA JOVEN, Buñuel (California). LOS ASESI- NOS DE LA LUNA DE MIEL, Kastle (Mónaco). ESPAÑOLAS EN PARIS, Bodegas (Rosales). ADIOS, CIGÜERA, A DIOS, Summers (Bulevar-Mola). CONSPIRACION DE SILENCIO, Sturges (Florida-Ideal-López de Hoyos-Lux-Montecarlo-Venecia). EL DIA DE LOS TRAMOSOS, Mankiewicz (Vista Alegre). EL HOMBRE DE

KIEV, Frankenheimer (San Carlos). EL INFIERNO DEL WHISKY, Quine (Sevilla). EL MENSAJERO, Losey (Azul). MI QUERIDA SENORITA, Armiñán (Magallanes-Marvi). PERROS DE PAJA, Peckinpah (Capri-San Remo). QUEIMADA, Pontecorvo (Carolina). RIO BRAVO, Hawks (Apolo-Gayarre-Infantas-Tivoli). TOMA EL DINERO Y CORRER, Allen (Canadá-Coimbra - Copacabana - Europa-Moratallaz).

Barcelona

TRENES RIGUROSAMENTE VIGILADOS, Menzel; LA MADRIGUERA, Saura (Alexis). DARLING y BILLY LIAR, Schlesinger (Arcadia). ARABESCO, Do-

nen; EL DETECTIVE, Douglas (Jaime I). CAZA HUMANA, Losey (Paladium-Roquetas-Trinidad). CONSPIRACION DE SILENCIO, Sturges (Vergara). JUEGOS PROHIBIDOS, Clément (Comedia). LOS QUE NO PERDONAN, Huston (Cristal-Favencia-Marina). REBECA, Hitchcock (Lido).

DISCOS

LPs

JORDI SOLER: «Liebeslied» (Concentric).

STEPHEN STILLS: «Massachusetts», doble (Atlantic). JEFFERSON AIRPLANE: «Bark» (RCA).

OVIDI MONTLLOR (Discophon).

F. PI DE LA SERRA: «Disc conforme» (Discophon).